

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Introducción a los problemas actuales de la filosofía

CUARTA CONFERENCIA

La filosofía empieza por el escepticismo como la espada por la punta. Así terminaba yo mi postrera conferencia, dejando al cabo de ella esta advertencia de peligro como en las revueltas de los caminos reales alguien levanta una señal de precaución. Encargada la filosofía de determinar y asegurar las condiciones de toda teoría, de toda verdad; siendo esta su teoría lo que sirve de baluarte a todas las demás, es menester que labre un cuerpo exento de poros e intersticios, donde no logre injertarse nunca este estilete del escepticismo, tan audaz y tan sutil.

A fin de que percibiéramos claramente cuáles son las dificultades peculiares que trae consigo este indócil problema de la verdad, repetimos un ensayo de solución que en forma varia se ha hecho cien veces desde un siglo hasta el día. Si el pensamiento, sea verdadero o falso, se presenta entre los demás fenómenos vitales como acto y función de ciertos seres vivos, nada más obvio que intentar someterlo a la ley general biológica de la utilidad. De la misma suerte que la asimilación es el resultado útil de las operaciones

digestivas, sería la verdad el resultado de las operaciones intelectivas. Y como cada especie se nutre sólo de ciertos alimentos, así tendría cada organismo su verdad familiar. Según esto, habríamos de corregir la significación primaria de todos nuestros pensamientos. Al decir “dos y dos son cuatro”, pensamos que ellos, el dos y el dos son, en efecto, cuatro, tómelos quien los tome. La solución biológica, empero, nos hace que corriamos esta ilusión de ser las cosas algo único, incommovible y rígido. Nos indica que el dos y el dos no son ni dejan de ser cuatro o cuatro mil. Esa extraña forzosidad, por nosotros sentida, de pensar que la suma de dos y dos es siempre igual a cuatro proviene de que otra cosa nos llevaría a contradecirla. ¡Ah! El principio intelectual de repugnar la contradicción rige todos nuestros actos mentales, no porque las cosas así lo exijan sino porque merced a él gastamos un mínimo de esfuerzo, pensamos de la manera más económica. Y este mínimo esfuerzo y economía son consecuencias de la ley utilitaria, gobernadora de todo lo vital.

No hablo de fantasmas, señores. “*Die wenigste Kraft*”, el mínimo esfuerzo, “*The [Economy] ¹ of the Thought*”, la economía del pensamiento. Son los principios de toda verdad, que los dos más ingeniosos positivistas, Ricardo [Avenarius] y Ernesto [Mach] ² creyeron haber descubierto cuarenta años hace. Pero puse yo, a toda esta ideología una humilde observación. La doctrina que afirma ser la verdad una ilusión o ficción utilitaria, tendrá tanto de vigor y tanto de fuerza cuanto sean el vigor y la fuerza del principio según el cual la vida toda va regida por la utilidad. Ahora bien, ¿de dónde absorbe su vigor este principio? De los hechos, dice el bió-

¹ Pongo “*economy*” donde el original trae “*economist*”. El “*economista*” del pensamiento, no tiene sentido. Sí lo tiene “*economía del pensamiento*”. Y así traduce Ortega.

² Pongo “*Avenarius*” donde el original trae “*Abenaro*” y “*Mach*” donde el original trae “*Bach*”. La corrección es obvia no sólo por similitud fonética, sino por todo el contexto. Avenarius y Mach son los representantes más importantes de la postura a que Ortega se refiere. Además, véase el resumen de esta conferencia en *Anales de la Institución Cultural Española* (Tomo I: 1912-1920). Buenos Aires, 1947, p. 164: “El conferenciante examinó las consecuencias que trae el someter el pensamiento a la ley biológica general de lo útil. Refirióse a este propósito a los puntos de vista de Avenarius y Mach...”.

logo; la biología es una ciencia empírica y parte de la observación de hechos. Pero ¿quién dice al biólogo que los hechos son fuente de recto conocimiento? Antes de edificar su biología y, por tanto, antes de tropezarse con ese principio empírico de la utilidad, tuvo el naturalista que distinguir el mundo de sus ideas en dos provincias: las que se originan en los sentidos y las que, por lo visto, no son sino imaginación, vanas fantasías. ¿Por qué hizo esto? ¿Qué lo movía a realizar esta distinción y sobre todo a preferir como más verídicas las moribundas radiaciones de oídos, ojos y gusto? ¿No indica todo esto que [supuso]³ ya una noción previa de qué fuera verdad y cuáles sus más seguros caminos? Estas noticias, en efecto, son prebiológicas. Son una filosofía, tal vez elemental y sumaria, pero una filosofía. Como el gentilhombre hablaba en prosa sin saberlo, el burgués naturalista era filósofo sin sospecharlo. Mas lo [primario]⁴ de la situación era que él no llamaba filosofía a estas inadvertidas preferencias que dentro llevaba, que lo movían; a esa filosofía inconsciente, alojada en él, sino precisamente a lo que extraía de los hechos biológicos.

He aquí, señores, lo que en manera alguna puede ser. De los hechos no cabe destilar la esencia de la verdad por la sencilla razón de que [el]⁵ partir nosotros de los hechos es ya haberles conferido el título de verdad. Los hechos no son nunca lo último, sino, a lo sumo, lo penúltimo. Y el problema de la verdad es un problema último. Si contamos a la inversa, un problema primero. Los hechos son verdades y, por tanto, flotan en el elemento verdad y de él respiran. Otra cosa, sería poner la carreta delante de los bueyes. El ensayo, pues, de solución biológica a nuestro problema concluye en un fracaso. Para la teoría, el fracaso es el absurdo.

He hablado de biologismo siempre en pasado. No se trataba de un azar o capricho gramatical. Esta manera de

³ Pongo "supuso" donde el original trae "me puse", para dar mayor soltura a la frase.

⁴ Pongo "primario" donde el original trae "primero".

⁵ Pongo "el" donde el original trae "al".

pensar es hoy un pretérito tan irremediable como puedan serlo los ideales de los faraones. Sin embargo, ese positivismo, esa filosofía de los hechos, es decir, esa filosofía —aunque mala filosofía— tuvo su [hora] ⁶ y su sazón. Para entender cómo esto fue posible, conviene que demos uno de nuestros acostumbrados rodeos que, acaso no para lo que hoy diga, tal vez mucho más para lo que haya que decir otro día, resulte de utilidad.

Ved: [así] ⁷ como los movimientos físicos se regulan y se orientan según la línea de gravedad, así nuestra vida espiritual va presidida por la atención. Es ésta, en el espíritu a la manera de un eje rector de nuestra persona. Ella concentra toda nuestra actividad mental sobre un objeto [que] ⁸ absorbe en el futuro nuestra energía psíquica. Sólo él vemos, sólo él pensamos, y el resto del universo parece como aniquilado e inexistente para nosotros.

El otro día notábamos la selección que nuestros sentidos operan sobre el mundo, no dejando llegar hasta nosotros sino unas pocas gotas del inmenso torrente de lo real. Pues, mucho más caprichosa y natural es la obra selectiva que la atención lleva a cabo. ¿Cuántos ruidos no suenan en torno nuestro que la atención borra, deja inéditos, trayendo en su lugar a primer plano otros insignificantes? Comparaba yo la selección visual a la obra de una pantalla o de una retícula. La [selección atencional] ⁹ usa tantas astucias como la más sutil pantalla. Impone a la realidad su propia perspectiva, la somete a una perspectiva.

Haced girar un momento hacia adentro de sí misma vuestra conciencia. Tratad de sorprender en un instante de su propia germinación ese pequeño mundo íntimo que cerrado,

⁶ Pongo “hora” donde el original trae “era”.

⁷ Agrega “así” para dar mayor estructura a la frase.

⁸ Agrega “que”. El original trae: “...concentra toda nuestra actividad mental sobre un objeto, absorbe en el futuro nuestra energía psíquica”. Esto carece de un sentido claro. La adición se lo restituye.

⁹ En vez de “atención ascensional” como dice el texto, podría ser “selección atencional”.

secreto, conducimos entre los prójimos y entre las cosas. Notaréis que para describir eso que se divisa tendríamos que formar un plano análogo al que usan los topógrafos. En todo instante encontraremos algo que es agudo, algo que está en el centro de nuestra conciencia, es decir, algo que posee la máxima claridad, brillantez y vigor dentro de nosotros. Es como un punto radiante en derredor del cual hallamos una zona con otras imágenes, pensamientos y sentimientos, más borrosos, de contornos menos precisos, que se hallan en nuestra alma como valetudinarios pálidos y exhaustos. Un instante después, tal vez, uno de estos habrá cobrado salud y desalojando aquel punto brillante se instala en el centro de nuestra conciencia con un ademán de urgencia y plenitud. Él es ahora el mismo que antes era, pero ha pasado del segundo plano al primero, de la zona menos atendida a la más atendida, de la penumbra al mediodía.

Yo describiría así la perspectiva de mi conciencia en este momento que os hablo. En el horizonte de mi atención, como lo más lejano y confuso, está precisamente aquello que en rigor parecería más próximo a mí: las sensaciones musculares de mi cuerpo, las que llamo mis sensaciones orgánicas. Advertid que normalmente apenas nos preocupamos de todas estas inquietudes musculares. Cuando movemos un brazo para apresar algo, lo que menos atendemos es el conjunto de las tensiones de los músculos en que se realiza y produce este movimiento. Mas el hecho de que estos movimientos, estas sensaciones musculares pasen al primer plano atencional, es ya un sentimiento de ciertas enfermedades mentales. La incapacidad de escribir una carta o de abrir una puerta que sufre el apráxico, proviene en gran parte de que este conjunto de movimientos para realizarlo —en el cual no solemos parar la atención— se convierte para el enfermo en grave problema que ocupa el centro de su interés, de su preocupación. Por esto no logrará él querer con vigor eso que hay más allá de los movimientos y sensaciones musculares, que es el fin de ello: el escribir una carta, el abrir una

puerta. Por decirlo así, queda la voluntad enredada en los medios y no logra formarse la definitiva, decidida voluntad del fin.

Es un error, en mi entender, [definir al]¹⁰ apráxico en general, según la valencia etimológica de la palabra, como el que no puede hacer o realizar. Claro es que no puede hacer ni realizar, pero no está ahí la lesión. En algunos casos que yo he podido observar y en la mayoría que conozco por los cuadros sintomáticos, me parece que no se manifiesta la verdadera enfermedad en la función motora ni en la función voluntaria, sino que se trata de una peculiarísima perversión en el régimen de la atención, de lo cual hablaremos otro día porque trae graves consecuencias para nuestra visión. Pero dejaremos eso.

Dentro de ese fondo lejano y oscuro de mis sensaciones intracorporales, encuentro esta aula con las personas que en ella están. Pero de esta aula y de estas personas no todo, sino sólo un pequeño círculo llega a mí con máxima lucidez. Aquella porción hacia la cual mi vista se dirige. De lo visible, ahora para mí, es esa parte, ese trozo lo más atendido y, por serlo, cobra una riqueza incomparable de detalles. Pero, aunque sea entre lo que estoy viendo lo mejor atendido, no por eso, está ese trozo en el primer plano de mi atención. Ocupa sólo el segundo término, porque el primero está henchido enteramente por el problema mismo de que yo estoy hablando, por el afán que tengo de dar a mis palabras, junto con la mayor exactitud y concisión, una cortés claridad. Aquí tenéis, por tanto, los distintos planos que constituyen en este momento la perspectiva de mi atención.

Siempre, pues, que [sorprendemos]¹¹ esa inquietud, [ese] panorama de nuestra conciencia hallamos en él algo atendido y algo desatendido. Y, además, percibimos que no podemos llevar a un objeto mayor luz de conciencia sin privar a otros de ella, dejándolos en la penumbra, en tinieblas. Para

¹⁰ Pongo "definir al" donde el original trae "definido el".

¹¹ Pongo "sorprendemos" donde el original trae "sorprendamos", para concordar con "hallamos" y agrego "ese" para dar mayor sentido.

fijarme en un punto tengo forzosamente que distraerme de todos los demás. Para atender, en suma, tengo que desatender. Atención y desatención son dos caras de una misma actividad, como poner una cosa encima de otra es lo mismo que poner ésta debajo de la una.

Está, pues, constituida nuestra conciencia en todo momento por una zona de atención que se apoya en una zona de desatención; del mismo modo que la cresta del monte se incorpora sobre el dorso del valle. Claro es que entre esta zona de extrema desatención y aquella de extrema atención se interpolan todos los grados intermediarios que podemos imaginar. De tal manera, si hubiéseis recogido en una última comprensión cuanto os vengo diciendo, veríais claro que nuestra conciencia impone a la realidad, a cuanto a ella llega del mundo, su férrea jerarquía. Crea un sistema de rangos propios y reparte sus acentos de luz y de sombra como un antiguo emperador repartía sus dignidades y chambelanías. Jerarquizamos la realidad, la esculpimos, poniendo en ella relieves y lontananzas.

Es muy exigente esta perspectiva que la conciencia lleva al mundo, es la más honda, es la más constante entre todas nuestras actividades de conciencia esta de preferir y preterir, de anteponer y posponer y cada individuo tiene al ejercitarla propensiones particulares. En cada uno la atención gravita espontáneamente hacia un trozo del mundo: en éste va hacia el arte, en el otro va hacia la riqueza, en aquél hacia la ciencia, en el otro hacia el placer. Del turbión multiforme que hace la vida en su fluir incesante, parece uno sacar algo triste y dolorido, mientras el otro, de ese mismo turbión, espuma algo risueño y jocundo.

A veces las necesidades económicas o sociales nos obligan a preocuparnos de cosas que nuestra atención espontánea relegaría al último término. Nada más enojoso. Y si ello dura un poco parece nuestra conciencia dilacerarse, deshacerse, quebrarse en dos. Y si ello dura mucho y en tales roturas íntimas nos llega la vejez, vueltos los ojos hacia atrás sobre nuestros días pensamos amargamente que hemos fra-

casado o que no hemos sido lo que debimos ser. Porque hay en todo hombre un nativo sistema de preferencias al cual iría su espíritu por su propio peso, lo mismo que hacia el centro de la tierra irían por sí mismas las rocas precipitadas de la altura. Estas ingénitas preferencias, señores, son las que con vago gesto místico llamamos vocación.

Tema sugestivo este de la vocación, al cual se vertiría ahora mi espíritu dejado a sí mismo si no lo [retuviera]¹² la voluntad. Tema grave, tema hondo de ética y de humanidad, de religión y de política, que ha sido pospuesto por el siglo XIX, pero que yo espero sea atendido por este siglo XX, que joven y animoso, empieza ahora a correr en nuestras venas. Pero dejemos esta cuestión. Sólo espero poder otro día tratarla, mentar las profundas palabras: aquello para lo cual tenemos gusto, para eso tenemos vocación.

No sólo cada individuo, sino cada pueblo tiene asimismo su propia perspectiva de atención. Eso es un pueblo, eso es una raza. Aparte del sentido que esta última palabra pueda tener en la etimología anatómica, [aparte]¹³ la diferencia de la unidad mecánica, jurídica y externa que forma el Estado, el pueblo es una identidad de ciertas radicales propensiones. La muchedumbre única no hace sino proyectar sobre el inmenso telón de los siglos y de su derrotero lo que sus individuos llevan dentro de sí. Por eso, con la genialidad insigne de técnico psicólogo, que veintitrés siglos después ha tenido que volver a descubrir Wundt, el viejo y divino Platón, de anchas espaldas y ojos caídos, nos insinuaba en la "República" que estudiemos al hombre en la ciudad, en el pueblo, por que es —decía— la ciudad, el hombre escrito en letras mayúsculas, al paso que el hombre es la ciudad reducida a caracteres comunes.

Pero no sólo cada individuo y cada pueblo tienen su propia perspectiva, sino que también la tiene cada época. No otra cosa es una época que un genuino sistema de preferen-

¹² Pongo "retuviera" donde el original dice "resolviera". Este término carece de sentido dentro de ese contexto.

¹³ Agregó "aparte" para aclarar el sentido.

cias y de preterencias. Lo que ayer apenas si absorbía alguna energía de atención, se halla hoy situado en el centro del alma de los hombres y adherido allí como una [ostra]¹⁴. En el siglo XVII y [en] el XVIII [eran]¹⁵ la política y, con ella, la economía [- - -]¹⁶ cosas que sólo preocupaban entre dos jugadas de ajedrez a unos pocos hombres de la corte en cada Estado: la economía era cameranismo, la política era camarilla. El arte, la danza, la teología y el galanteo eran las cosas que parecían de mucho más mérito a aquella sociedad. El siglo XIX, en cambio, ¿qué hace? La danza es reducida a una rutina de etiqueta; el arte es sólo entremés; la teología huye y el galanteo se oculta. Y, en tanto, los hombres, los hombres todos, reunidos en la plaza pública, como desde [los]¹⁷ tiempos de Roma era uso, dedican sus mejores energías a la política. Discurren, hablan, luchan y sucumben por la política. Y ya hoy, bajo el rumor de las batallas, parecen iniciarse los [vagidos]¹⁸ de un tiempo nuevo que acaso haga con la política del siglo XIX, lo que la política hizo con la danza del siglo XVIII.

¿A qué viene, pensaréis, a qué viene este rudimentario análisis de la atención? Por lo pronto, a una cosa sencilla que enseguida diré. Por ahora, conviene aprovechar esta presente ocasión y dejar dicho lo dicho porque ha de sernos muy provechoso para futuras conferencias. Entonces, en su lugar, completaremos y repasaremos esta teoría de la atención que hoy, por primera vez nos ha salido al encuentro. La brevedad de estos discursos, de este curso todo él, me obligan a ir empujando hacia adelante las ideas conforme nos salen al paso en la esperanza de que se hallen prestas dentro de nosotros cuando llegue a cada una la hora de haberla menester. Tengo, pues, que hacer como el buen rabadán que

¹⁴ Pongo "ostra" donde el original trae "otra". Un error tipográfico, seguramente, pues la corrección viene exigida por el contexto.

¹⁵ Agrego "en" y pongo "eran" en lugar de "era".

¹⁶ Suprimo "las".

¹⁷ Agrego "los" para dar mayor soltura a la frase.

¹⁸ Pongo "vagidos" donde el original trae "cagidos".

va antecogiendo su ganado disperso a fin de que al crepúsculo se halle junto al redil. Perdonen, pues, esta falta de cohesión que lleva el movimiento de mi pensar.

Lo que por ahora me interesa [no]¹⁹ es más que esto: en esas diferencias que acarrear a las distintas edades los campos de perspectiva, no creo que haya otra más honda y simbólica que aquella que nos permite clasificar las épocas en épocas cuya atención gravita hacia la práctica y épocas donde la atención gravita hacia la teoría. Hay tiempos, señores, que prefieren la acción y hay tiempos que prefieren la contemplación. En términos vulgares: hay siglos que prefieren vivir bien y hay siglos que prefieren pensar bien. Y no tendría sentido claro que fuésemos a buscar en una edad práctica, dominada por la práctica, los agentes soberanos de pura teoría. En consecuencia, si la filosofía es la culminación del apetito teórico, no iremos ciertamente a buscarla en la segunda mitad del siglo XIX, que fue tiempo de acción, lleno de culminaciones vitales. Así se explica que la filosofía de ese siglo fuera el positivismo, que no es una filosofía.

Traed a vuestra memoria, en la cual quedan las lecturas, traed a vuestra memoria el estado de espíritu que reinaba en Europa en 1850. Es el [gran]²⁰ momento en que llegan a la plenitud de su triunfo dos cosas en cierta manera nuevas en la historia: la industria y la democracia, la política y la riqueza. Ambas, preocupaciones activas que obligan a los hombres a salir de sí mismos y urgir la realidad para que ella los favorezca con el cumplimiento de sus necesidades. Natural era que el pensamiento del individuo, como era el de la época, dejase en el último plano de la atención —tal vez por cierto mercantilismo— estas exquisiteces de que vive y vivirá siempre la teoría. Para la acción no hacen falta principios exactos, puros, verdaderos. Estorban. La acción se conforma con recetas. La política, entendida en el sentido estricto, no tendrá por eso, ni deberá tener, principios. El

¹⁹ Agrego "no" pues el sentido de la frase tal como está en el original resulta un poco forzado en el contexto.

²⁰ Pongo "gran" donde el original trae "grande".

gobierno es una ingenuidad de gigante genio. Tenía razón Bismarck cuando, en la cámara imperial, a los que le acusaban de no mover su política según principios, decía como extrañado: “No comprendo. Menos aún: me aterra lo que me decís. Cuando me habláis que yo tenga en política, que es lucha entre hombres, principios, me imagino que me ponéis una viga entre los dientes y me obligáis a entrar en una selva”. Cierto, la fórmula es práctica. Y así ocurre que no haya habido en la historia de Europa desde Grecia hasta nuestros días, más que otro instante en el cual hayan andado tan bajas las aguas de la filosofía. Hay que ir muy atrás, allá en las proximidades del famoso año mil, cuando vienen las luchas más graves de la historia, cuando las más grandes amarguras vitales triunfan de los hombres que llegan hasta él, [en el] que se [forma] ²¹ la leyenda de que el mundo iba al abismo.

Por esta razón —más aún que por el reciente fracaso del idealismo filosófico alemán— hacia 1850, toda filosofía es sospechable. Cierto que este idealismo alemán había pretendido demostrar —en cierto momento no hay duda de que la filosofía se hace soberbia— de cómo Nacubodonosor No olvidemos que llegó a pretender decir por principios puros cómo debían ser los membretes de los papeles de la administración. Pero creo que aun así había bastante profundidad y severidad intelectual cierta en esta filosofía que Carlyle, discípulo de ella, llamó con acierto “el claro de luna trascendental”. Había sobrado pensamiento para bastar a los hombres. Si fue, por tanto, negada y barrida, habremos de buscar las causas, la positiva causa, la que explica suficientemente el fenómeno [de] esa modificación, [de] ²² esa transferencia o desplazamiento del centro de gravedad de la atención europea.

²¹ Agregó “en el” y pongo “forma” donde el original trae “forme” para hacer un poco más suelto ese párrafo bastante confuso.

²² Pongo, dos veces, “de” donde el original trae “en”. No se busca la causa “en” sino, en este caso, “la causa de”.

Habéis visto en todo lo que he dicho que la atención tiene modificaciones profundas. No inventando ni trayendo nuevas cosas, los temas cardinales de la vida son siempre los mismos. Lo que hace la atención es darles distinta colocación. No se trata, pues, naturalmente, de que en la mitad del siglo XIX que más próxima a nosotros queda no hubiera nada de teoría, pues que hace triunfal la marcha de las ciencias físicas y biológicas. Pero [notad] que de las ciencias sólo [avanzan] ²³ aquellas que van directamente a obtener beneficios y comodidades prácticas. La física está, como ha dicho muy bien ya Augusto Khun [Comte (?)] ²⁴ regida por la ingeniería, por las necesidades del tráfico, por la perfección de nuevos aparatos facilitadores de la existencia. En cambio, los nuevos principios no se cotizan en el siglo XIX. Esto conviene mucho que lo advirtamos para no producir errores de perspectiva.

En el siglo XIX no se ha hecho sino vivir de los principios científicos creados desde el Renacimiento al XVIII. No sino [algunos barruntos] ²⁵ existen de nuevas nociones que aparecen. Pero una gran excepción existe a que ahora me voy a referir. No se piensa más que en los laboratorios [y] con hábito espiritual de [- - -] [laboratorio] ²⁶, y como los últimos problemas, los problemas filosóficos, urgen en todo instante, se ocupan en todo momento de ellos, pero brillan sobre el inmenso plano del problema filosófico estos hábitos y costumbres del pensar naturalista. Ese físico que pretende resolver los últimos problemas, ese físico metafísico, ese físico exasperado y fuera de sí es el materialismo. Ese físico, esa mala bestia, el positivismo, pierde por completo

²³ Pongo "notad" donde el original trae "No tal" y "avanzan" donde trae "avancen". Esto devuelve sentido a la frase.

²⁴ No estoy seguro de la corrección de este nombre.

²⁵ El original trae: "No sino algunas nociones existen de nuevas nociones que aparecen". Aunque no carece del todo de sentido, la frase es extremadamente burda como para que Ortega la haya pronunciado tal como está. Al cambiar "nociones" por "barruntos" no hago sino evitar la enojosa repetición. Pero todavía queda por corregir.

²⁶ Agrego "y", suprimo "los" y pongo "laboratorio" en singular. Parece más de acuerdo con el ritmo que lleva la frase. Le quita, además, cierta monotonía.

el órgano y el sentido de dónde andan los problemas de la filosofía. Acostumbrado a manejar fenómenos naturales, de los cuales puede apoderarse con aparatos que derivan de la necesidad de éxito, nuestro pensamiento llega a moverse más entre fenómenos que entre las ideas, que son cuerpos filosóficos inexistentes.

Se había olvidado por completo el modo de moverse entre tales cuestiones. Pero, hacia 1860 y 1870 empieza a aparecer frente al positivismo una nueva filosofía. ¿Cómo se llama? ¿Cuál es su grito de guerra? ¿Trae algo nuevo que pueda satisfacer al nuevo hombre? Es verdaderamente curioso que no hay tal. Al contrario, todas son filosofías que miran hacia atrás. [*Zurück zu...!*]²⁷ Volvamos atrás. Volvamos a Kant, a [*Fichte*].²⁸ Son las filosofías que yo llamo restauradoras.

¿Qué sentido tiene esto? ¿Cómo es posible que al cabo de un siglo o poco menos, pueden satisfacer a las conciencias nuevas estas viejas soluciones? ¡Esto es un anacronismo profundo en la historia! ¿Qué significan estas filosofías? ¿Qué significa esta vuelta a Kant, a [*Fichte*], a Hegel? Señores, muy sencillo: como se había olvidado el hombre de la filosofía, como no sabía nada de la filosofía, tuvo que ir a la escuela, a la escuela de los grandes maestros. Y este es el sentido que tienen las filosofías que llamo filosofías restauradoras. Es volver a la escuela de los clásicos de la filosofía para aprender bajo su disciplina, en qué consiste el problema filosófico. Y esta es la manera como hemos vuelto al [*temple*],

²⁷ Agrego —en un espacio en blanco donde el taquígrafo ha indicado, entre paréntesis, “latín”— “;*Zurück zu...!*”. Esta expresión —alemana— significa, literalmente, “hacia atrás”. Es el mote de las filosofías “neo” (neo-kantismo, neo-hegelianismo, etc.). Ortega la utiliza refiriéndose, precisamente, a ellas. “Toda actitud vital que se caracterice como *neo*— algo, como retorno y *Züruch zu...!*, es, claro está, inauténtica”. (*Prólogo para alemanes*. Ed. Taurus, Madrid, 1958, p. 35). En el contexto se está hablando, justamente, del neo-kantismo que se enseñaba en Marburgo. En la misma línea, pongo “Fichte” donde el original trae “Fitche”.

²⁸ Pongo “Fichte” donde el original trae “Fitche”.

a la [percepción] ²⁹ de las peculiaridades de los problemas últimos que tuvieron, sin embargo, sus aliados: estos filósofos restauradores.

Presumo que ya es tópico de la conciencia pública el que no ha habido ciencia ni rama alguna de la cultura humana que en el siglo XIX haya conseguido enriquecerse más que aquella, precisamente, que parece no poder cambiar desde tiempo inmemorial: la matemática. Lo que ha cambiado más en el siglo XIX es la pura, la más pura y abstracta matemática. Hasta el punto de que la tradicional y antigua no es hoy sino un inútil capítulo, casi insignificante, de todo el colosal edificio de la matemática moderna. Estos hombres no eran atendidos en el siglo XIX. Ellos trabajaban como los que trabajan en una época distinta, como los que trabajan fuera de época. Y [- - -] ³⁰ la unión de esas dos disciplinas, de la educación y del pensar más abstracto y puro, de la matemática y de la escuela de los grandes maestros, nos ha traído [- - -] ³¹ esta nueva posibilidad de ambiciones filosóficas. Esos hombres nos han vuelto a situar en la meseta filosófica. Nos han dotado de los nuevos órganos visuales para percibir [los] ³² objetos propios de la filosofía. Estos, no son hechos, fenómenos, cuerpos que ven nuestros ojos y tocan nuestras manos. Todo esto es asunto para el investigador naturalista: químico, físico o biólogo. Más aún: los fenómenos mismos de la vida interior: [pensamientos], [sentimientos] ³³ voliciones, a fuer de sucesos [reales] ³⁴ que en el tiempo acontecen, caen bajo el dominio del naturalista. En este caso se llama psicólogo. Una psicología que es pro-

²⁹ Pondo "temple" donde el original trae "templo" y "percepción" donde trae "perfección". La primera substitución es clara, no se ha vuelto al "templo" sino al "temple" filosófico. Esta corrección sugiere la segunda. No se trata, en efecto, de la "perfección" de las peculiaridades filosóficas, sino de que, en este nuevo temple, alcanzamos la "percepción" de esas peculiaridades que, en la perspectiva atacada, se escapaban en cuanto tales. /.../.

³⁰ Suprimo "de".

³¹ Suprimo "a".

³² Agrego "los".

³³ Pongo en plural "pensamientos" y "sentimientos" que el original trae en singular.

³⁴ En el texto dice "ideales", pero evidentemente se trata de una errata.

piamente [psico-logía] ³⁵, es una ciencia de las realidades psíquicas, y la filosofía no puede ocuparse de realidades.

Esta sería la actitud del hombre de laboratorio que a mí me parecería justificada: en vez de desmesurar su propia ciencia proyectándola sobre el campo filosófico, debía invitar al filósofo a que se tributase a su campo y no pretendiese inmiscuirse en lo que el físico y el biólogo dicen de las cosas reales. Ahí no tiene que hacer nada. Siempre que la filosofía ha querido hablar de las cosas reales ha vuelto a ser misticismo y ha dejado de ser ciencia. Y por eso apenas influye en la labor filosófica de nuestro tiempo lo que parece más importante y mayor pretensión tiene: la equívoca filosofía del señor Bergson. La filosofía de [realidades] ³⁶ es una filosofía Como su hermana la matemática, pues, la filosofía tiene que mantenerse a distancia de lo real: no puede hablar de ello. Ha de enseñarnos a distinguir no entre lo existente y lo no existente, sino entre lo posible y lo imposible. ¿No hace tres años que [Husserl] ³⁷, en mi opinión la primera figura filosófica de la actualidad, ha podido volver a definir la filosofía según la definía, como la ciencia que se ocupa de lo posible en cuanto se trate de

³⁵ Pongo "psico-logía" donde el original trae "filosofía". En este contexto, decir que "una psicología que es propiamente filosofía, es una ciencia de las realidades psíquicas" no sólo carece de sentido sino que contradice ese mismo contexto. En cambio, al poner "psico-logía" en lugar de "filosofía", se atiende a lo que puede haber sido un acento oral de la etimología de ese término que, así dividido "psico" y "logos", se traduce habitualmente como "ciencia (logos) de las realidades psíquicas (psique)".

³⁶ Pongo "realidades" donde el original trae "realidad". Parece adecuarse mejor el giro de la frase.

³⁷ Pongo "Husserl" donde el original trae "Jusert" —acompañado de un signo de interrogación—. Que se trata de Husserl es seguro por dos razones: Primero, por la indudable semejanza fonética. Segundo, porque, en efecto, Husserl define así a la filosofía en sus *Ideen* que se publicó en 1913 y coincide, entonces, con el "hace tres años". Además, en los *Anales* de la "Institución Cultural Española" (a invitación de la cual Ortega dictó este curso) donde se encuentran resúmenes de estas conferencias, al referirse a ésta se lee lo siguiente: "Lo que ha cambiado más en el siglo XIX es la pura y abstracta matemática. La unión de la matemática con la escuela de los grandes maestros trajo nuevas ambiciones filosóficas. Se ha comenzado a percibir objetos propios de la filosofía. Recordó, aquí, el profesor a Edmundo Husserl, el cual definió la filosofía como la ciencia que se ocupa de lo posible en cuanto se trate de teorías..." (p. 166, Buenos Aires, 1947). Este pasaje sostiene, además la corrección siguiente.

[teorías] ³⁸? Queda, pues, para el hombre de acción toda la realidad. No le disputaremos su campo. Mas no se olvide que ya por poco amigo de lo real quisieron los hombres burlarse en Mileto del primer filósofo, Tales. Andaba él mirando la luna y las gentes sonreían. Pero de tanto mirar la luna supo prever que era posible una sequía: acaparó granos e hizo fortuna.

Por eso, señores, ante el problema de la verdad no podemos reducirnos a dudar de aquellas cosas que por motivos concretos nos es forzoso dudar, sino que, ampliando la duda, hemos de extenderla hasta sobre lo que nadie ha controvertido aún. No de las sospechas reales basta dudar, no ellas sólo basta destruir, sino toda la duda posible, incluso la máxima, la duda de toda verdad, el extremo escepticismo.

Como el [diablo] ³⁹, según Goethe, queriendo el mal, crea el bien así el escepticismo [convertido] ⁴⁰ en duda metódica hace invulnerable la verdad. Descartes, el instaurador del nuevo pensamiento, no titula aquella de sus [*Meditationes de Prima Philosophia*] ⁴¹ donde crea los secretos del nuevo pensar: [*De ce qu'on revoque en doute*] ⁴², de lo que se ha dudado, sino que la titula [*De ce qu'on peut revoquer en doute*] ⁴³, de lo que se puede dudar. Tenemos que llegar

³⁸ Pongo "teorías" donde el original trae sólo "teoría". Véase corrección anterior.

³⁹ Evidentemente Ortega se refiere al conocido pasaje del *Fausto* (Erster Teil, Studierzimmer), en el que Mefistófeles dice: [Soy] "una parte de aquella fuerza que queriendo siempre el mal, siempre crea lo bueno". Luego, no debe decir "pueblo", sino "diablo".

⁴⁰ Pongo "convertido" donde el original trae "convierte". Sin esta corrección la frase carece de sentido. Con ella se entiende lo que Ortega afirma, es decir, que el "escepticismo" no ha de ser postura última o conclusiva del filosofar, sino primera y a superar. Por eso, el escepticismo no queda como tal sino que es "convertido" en duda metódica. Lo confirma, además, el contexto.

⁴¹ Pongo *Meditationes de Prima Philosophia* donde el original trae: "...no titula aquella de sus meditaciones *De primae philosophia*...". Incluyo "meditationes" porque forma parte del título original de la obra citada.

⁴² y ⁴³ Pongo los textos en francés donde el original trae dos espacios en blanco. Podría objetarse que, ya que se ha citado el título de la obra en latín, Ortega habría dicho esto en el mismo idioma. Sin embargo, esa obra de Descartes se suele indicar siempre con su título en latín aunque se la utilice en cualquier otro idioma. Además, en este filósofo, los textos franceses suelen prestar autoridad tanto como los latinos. Por fin, Ortega ha dicho lo mismo —en francés— en su curso de 1929 *Qué es filosofía*. Allí leemos (p. 112): "Tal era el

a dudar hasta donde se puede. Esto es hacer del escepticismo instrumento creador de toda [certeza] ⁴⁴. No es, pues, una desdicha ni una enojosa ventura que nos sobreviene. Ya no es el escéptico un salteador que sale de súbito al camino para desvalijar al filósofo transeúnte. Tenemos que fundar en él todo nuestro primer paso y nuestro definitivo andar.

Las armas de todo escepticismo fueron creadas en Grecia. No hemos salido aún, señores, del horizonte que tuvo el espíritu griego. Aún no hemos agotado las visiones de su pupila. Hasta hoy tienen la misma eficacia, en su varia medida, los cinco famosos tropos de Agripa, [argumentos] ⁴⁵ contra la verdad, aquellas ilustres cinco lanzadas contra la ciencia. De estos cinco, dos nos interesan sobre todo y a ellos vamos a referirnos. Es el primero el que llamaban [σὸν ἀπὸ τῆς διαφωνίας τῶν δοξῶν] ⁴⁶, el argumento de la divergencia de opiniones. Si miramos en torno y sobre todo a retro-tiempo, llegan sustentadas las más opuestas teorías. He aquí el argumento que tiene mayor influjo emocional sobre nosotros hoy todavía. La historia es un largo panorama de brazos [en] que [empuña] ⁴⁷ cada cual su verdad, y la verdad del uno lucha con la verdad del otro. Es un hecho que los hombres han sostenido y sostienen como verdades las proposi-

sentido de la duda metódica que para siempre la sitúa Descartes en el umbral del conocimiento filosófico. El sentido de ella no era simplemente dudar de todo aquello que, en efecto, suscita en nosotros duda —esto lo hace a toda hora cualquier hombre discreto—, sino que consiste en dudar inclusive de lo que no se duda de hecho pero, en principio, podía ser dubitable. Esta duda instrumental y técnica, que es el bisturí del filósofo, tiene un radio de actuación mucho más amplio que la habitual suspicacia del hombre, puesto que dejando atrás lo dudoso se alarga hasta lo dubitable. Por eso no titula Descartes su famosa meditación así: *‘De ce qu’on revoque en doute’*, sino *‘De ce qu’on peut revoquer en doute’*”.

⁴⁴ Pongo “certeza” donde el original trae “causa”. Dentro de este contexto carece de sentido decir que se hace del escepticismo “instrumento creador de toda causa”. Si lo tiene, decir que, convertido en duda metódica, el escepticismo es “instrumento creador de toda certeza”.

⁴⁵ Pongo “argumentos” donde el original trae “argumento”.

⁴⁶ Agregó “σὸν ἀπὸ τῆς διαφωνίας τῶν δοξῶν” en un lugar en blanco en el original. Que se trata de este tropo no cabe duda por el contexto: “la divergencia de opiniones”. La fórmula es la utilizada por Ortega en “¿Qué es filosofía?”, página 28.

⁴⁷ Pongo “en” y “empuña” donde el original trae “empeña”. La corrección se justifica por el sentido de la metáfora utilizada por Ortega, que no admite “empeña”: las manos, precisamente, “empuñan”.

ciones más antitéticas. ¿Pretenderemos nosotros que no ocurra lo propio con nuestra verdad? Nuestra verdad no puede ser sino una más que viene a aumentar esa universal disonancia y divergencia. Mayor influjo tiene hoy este argumento porque en el último siglo hemos aprendido a ver y comprender el pasado. Vemos que cada época está, en resolución, constituida por unas cuantas pretensiones y unas cuantas cegueras dentro de las cuales viven los individuos. Llegan los siglos a la carrera trayendo cada cual su nuevo afán y su nueva verdad pero, a la vez, el dardo que ha de rendirla, clavado en su flanco. Y hemos aprendido a trasladarnos a cada una de esas almas de época y a ver el mundo con sus ojos y hallar la justificación y sentido de su ideal. De suerte que de un lado sabemos ya que el hombre vive sometido a la relatividad del tiempo y, de otro, hallamos justificada esta su limitación. ¿No ocurre lo mismo con nosotros?

Ya no caemos en el error característico del siglo XVIII, que pretendía salirse de la hilera de los siglos y erigirse en una idea definitiva. Ya sabemos mirarnos a nosotros mismos como un eslabón de esa infinita cadena. Como un pasado. Como algo también transitorio. Y a mirarnos, por ahora, con esa mezcla de piedad y desdén que es lo que llamamos sentido histórico. Interpretación realmente democrática de la historia ésta en que hacemos a nuestro propio siglo, a nuestra propia idea, [lo] que dice [Scheherezada]⁴⁸ cuando empieza sus cantos al sultán: “Un día entre los días”, no más.

Si os inclináis sinceramente a escuchar los más profundos rumores de vuestro corazón, hallaréis allí la inquietud de este argumento y notaréis que tiene fuerza, [niega]⁴⁹ a vuestra opinión vigor definitivo y permanente frente a todas las demás. Esta desconfianza del individuo en sí mismo

⁴⁸ Pongo “lo” donde el original trae “la” y pongo “Scheherezada” donde el original trae —con un signo de interrogación— “Serasebo”. La referencia es obvio que se refiere a *Las mil y una noches* por la cita de “un día entre los días”. Ya la había utilizado Ortega en *Adán en el Paraíso* (O. C., I, 479): “Un día entre los días, como dicen los cuentos árabes...”.

⁴⁹ Pongo “niega” donde el original trae “no dar”. El argumento, en efecto, tiene fuerza suficiente como para “negar” el vigor a nuestra convicción y no simplemente como para no dárselo.

es característica de nuestra edad, y por eso hubo una era en que parecieron la cima de toda cultura aquellos escritores que se entretenían en acariciar y alimentar con flores retóricas esa desconfianza, esa [autofobia]⁵⁰, esa anemia de nuestras personas. “El Jardín de Epicuro” de Anatole France, por ejemplo, es a mi entender una obra representativa. No hay en todo el libro una sola idea clara y profunda; es sólo una continuada, insistente, veleidosa apología de nuestra debilidad espiritual.

Pero, ¿es en rigor esto un argumento con valor teórico frente a la verdad?, o ¿influye sólo en nosotros como una emoción, como un fantasma doloroso, como una amonestación, como un temor?

Esto veremos el próximo día, insistiendo tanto sobre este tropo como sobre el segundo de la relatividad. Una vez estudiado el cual, podemos decir que conocemos en su raíz todo el movimiento filosófico de los últimos treinta años.

⁵⁰ Pongo “autofobia” donde el original trae —interrogativamente— “tutobia”. La corrección es sugerida por la similitud fonética y apoyada por el contexto. Es meramente probable.